

## Los Libros

*Enrique Molina: LA HERENCIA MORAL DE LA FILOSOFÍA GRIEGA.*  
Ediciones de «Atenea». Impreso en los talleres de la Editorial Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago de Chile. 1936.

Figura gigante la de Epicteto. Doctrina portentosa la del Pórtico. De recalcar la segunda en tiempos de infección y epidemia, por aquel recalcar suyo de la libertad de las almas que señalaba lindes más allá de los cuales «no podía pasar la omnipotencia de los emperadores». De recalcarse no sólo la herencia estoica, sino también toda la griega, como lo hace el profesor Molina en esta magnífica recopilación del pensamiento helénico, desde los atomistas hasta Marco Aurelio... Digna de acentuación la herencia griega en estos días en que la civilización de Occidente se ve amenazada más que nunca se vió ni aun cuando Mahomet; porque la herencia de Grecia que nos llegara a través de Roma es una de las partes esenciales de esa civilización...

Lo decía Thomas Mann en semanas pasadas aquí: que el cristianismo y la tradición del Mediterráneo son las dos columnas que sostienen lo que nos queda de civilización: dos columnas que también se sostienen entre sí. O bien, dos corrientes cuyas aguas de tanto correr juntas se han mezclado de esencia y de color... Mann significa que hay que volver la vista al pasado griego que tanta valía le reconoció a la humanidad, porque hoy esa valía se ve por los suelos. Hay que sazonar el tiempo con pulgarada de humanismo, porque el humanismo es el mejor

antídoto a mano para los fanatismos del momento... Pero ha de ser un humanismo militante, vale decir, un humanismo cristiano...

De donde resulta meritoria la obra del rector de la Universidad de Concepción, pues su importancia sobrepasa el concepto del interés académico o helenizante... Queremos ver intención en esta publicación. Con efecto, si algún defecto tiene nuestra generación es el de la autarquía mal fundada, el de la suficiencia desmedida, creadora de dogmatismos más absurdos e irracionales que los que se pretende desplazar... Así resulta higiénica la excursión que emprenderá el lector de estas páginas bien pergeñadas, de la mano del señor don Enrique Molina, por los rumbos de la Academia, y el Liceo, y el Pórtico, y el Jardín, y por las mansiones de aquellos hombres que, ignorantes de los progresos técnicos de hoy en día, supieron, en cambio, «romper casi siempre con sus atrevidas saetas las nieblas en que ha vivido envuelta nuestra especie y señalar el buen camino, a menudo el camino definitivo...».

El libro trae capítulos sobre los presocráticos, los sofistas, los cínicos y los cirenaicos, los epicúreos, los estoicos, Sócrates, Platón y Aristóteles... El libro parece de texto; su lectura es en sí una iniciación en el estudio de la filosofía griega y magnífico aporte para cualquier biblioteca de autoeducación...

Ahora, permítase un reparo. El señor Molina dice en la conclusión que pone a su obra que «nuestra época no está orientada por el estoicismo. Es una época histérica, de impetuosidad de la voluntad, llena de jactancias, de atropellos y de quejas. No digo que no haya movimientos por reivindicaciones justísimas; pero se va tras los bienes materiales y sobre cuanto cosa no depende exclusivamente de nosotros, con verdadero frenesí. Nada se deja, por supuesto, para la vida futura, puesto que no se cree en ella. Se quiere gozar sin dilación de todos los bienes terrenales. Se han olvidado la disciplina estoica y el re-

nunciamiento cristiano». El reparo es la opinión del que esto escribe de que ese «irse tras los bienes materiales» de nuestro tiempo es de nueva índole: es de corte espiritual dondequiera que es reivindicador... Es que la materia se espiritualiza; es que la materia es don de Dios para los hombres. El «histerismo» puede que sea «entusiasmo» en su sentido helénico. A saber, ciencia de una presencia divina que ordena hacer esto o lo otro por causa de la comunidad... Siempre los órdenes carcomidos de nuestro mundo occidental han apelado a «la disciplina estoica y el renunciamiento cristiano» como medios de mantener a las masas en orden... Dice nuestro autor: «El estoicismo enseña a los pobres a no desalentarse y a los ricos a saber limitarse...». ¿Dónde hay por ahí un rico estoico? El estoicismo no es para ricos, ni el cristianismo tampoco: el uno y el otro son para los pobres, de los cuales es el reino de los cielos en la tierra...

Ahora, nuestro tiempo angustiado tiene por delante dos problemas: uno, el de impedir el extendimiento del área de acción de la reacción que toma sus formas de gravedad en el fascismo; y el otro, el de poner la técnica maravillosa de nuestros días al servicio de la comunidad, de modo que las cosas materiales producidas sean distribuídas de manera que a cada quien le toque su parte, para que ya no haya pobres, o cuando menos para que la pobreza sea carga llevada por todos al igual y estoicamente... Como se decía al comienzo, la doctrina del Pórtico vale todavía, pero no como droga que mantenga sumisos a los esclavos, sino como energía interna y libertadora que se levante como muro inexpugnable ante la invasión de la horda esclavisadora...

(De la revista «La Nueva Democracia» publicada en New-York. U. S. A.—Junio de 1937).

